

Culturas híbridas – No simultaneidad – Modernidad periférica
Mapas culturales para la América Latina

Sarah de Mojica (comp.)

**Culturas híbridas – No simultaneidad –
Modernidad periférica**

Mapas culturales para la América Latina

Wissenschaftlicher Verlag Berlin

Berlin

Olaf Gaudig & Peter Veit GbR

Die Deutsche Bibliothek – CIP-Einheitsaufnahme

Sarah de Mojica (Hrsg.):

Culturas híbridas – No simultaneidad – Modernidad periférica :
Mapas culturales para la América Latina / Sarah de Mojica (Hrsg.). –

Berlin : Wiss. Verl. Berlin, 2000

ISBN 3-932089-64-2

ISBN 3-932089-64-2

© 2000 Wissenschaftlicher Verlag Berlin

Olaf Gaudig & Peter Veit GbR

www.wvberlin.de

Alle Rechte vorbehalten.

Dieses Werk ist urheberrechtlich geschützt.
Jede Verwertung, auch einzelner Teile, ist ohne
Zustimmung des Verlages unzulässig. Dies gilt
insbesondere für fotomechanische Vervielfältigung
sowie Übernahme und Verarbeitung in EDV-Systemen.

Druck: Eigendruck/Gerhard Weinert GmbH, Berlin

Printed in Germany

DM 60,00

<i>Sarah de Mojica</i>	
Cartografías culturales en debate:	
Culturas híbridas – No simultaneidad – Modernidad periférica	7
<i>Román de la Campa</i>	
Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos:	
Discurso poscolonial, diásporas y enunciación fronteriza	23

I.

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI – EL DEBATE SOBRE *CULTURAS HÍBRIDAS*

<i>Mirko Lauer</i>	
La modernidad, un cuerpo extraño	
Las culturas híbridas de Néstor García Canclini	49
<i>Jean Franco</i>	
Policía de frontera	55
<i>John Kraniauskas</i>	
Hibridismo y reterritorialización	61
<i>Gerald Martin</i>	
La única salida es a través	67
<i>Jesús Martín-Barbero</i>	
Radical sin fundamentalismos	71
<i>Néstor García Canclini</i>	
¿Demasiado determinismo o demasiada hibridación?	75
El malestar de los Estudios Culturales	81
Imágenes excéntricas de América Latina y Estados Unidos	91

II.

CARLOS RINCÓN – EL DEBATE SOBRE *LA NO SIMULTANEIDAD DE LO SIMULTÁNEO*

<i>Raymond Borgmeister</i>	
Lo que usted siempre quiso saber sobre	
el posmodernismo pero no se atrevía a preguntarlo	99
<i>Ellen Spielmann</i>	
El descentramiento de lo posmoderno	109
<i>Leonel Delgado Aburto</i>	
La posmodernidad latinoamericana	123
<i>Luis Fayad</i>	
Literatura posmoderna en Latinoamérica	129

<i>Carlos Rincón</i>	
<i>Del amor y otros demonios</i> , páginas 9 a 11; o, sobre la reescritura de las <i>Foundational Fictions</i> norteamericanas	135
Metáforas y estudios culturales	161

III.

BEATRIZ SARLO – LOS DEBATES SOBRE *MODERNIDAD PERIFÉRICA* Y *ESCENAS DE LA VIDA POSMODERNA*

<i>Beatriz Sarlo / Jorge Ruffinelli</i>	
En torno a Buenos Aires: Una modernidad periférica	183
<i>Patricia D'Allemand</i>	
Hacia una crítica literaria latinoamericana: Nacionalismo y cultura en el discurso de Beatriz Sarlo	197
<i>Beatriz Sarlo</i>	
Retomar el debate	211
La teoría como chatarra. Tesis de Oscar Landi sobre la televisión	219
Los Estudios Culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa	231
<i>Beatriz Sarlo / Roberto Schwarz / John Kraniuskas</i>	
Literatura y valor	241

A MANERA DE EPÍLOGOS

<i>Antonio Cornejo Polar</i>	
Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo	263
<i>Javier G. Vilaltella</i>	
Paisajes después de la encrucijada	267
Permisos	279

Sarah de Mojica

Cartografías culturales en debate:
Culturas híbridas – No simultaneidad – Modernidad periférica

¿Qué ha cambiado en las sociedades y en las culturas de América Latina? ¿Qué ha cambiado en los discursos sobre nuestras sociedades y nuestras culturas? ¿Cuál ha sido el destino de disciplinas como la sociología del desarrollo, la economía política y la antropología social que pretendían descifrar la época actual? ¿Y qué ha pasado con el campo humanístico?

A comienzos de la década de los noventa las disciplinas humanísticas y las ciencias sociales se ven obligadas a enfrentar las limitaciones de sus teorías y métodos para ocuparse del horizonte de las culturas contemporáneas, cuando las teorías fundamentadas en la excepcionalidad latinoamericana con su definición de identidades, se encuentran desbordadas por los cambios culturales. La crisis de los modelos de desarrollo a comienzos de la década anterior, con la consecuente acomodación de las clases subalternas en la economía informal, y casi al mismo tiempo, el debate sobre la posmodernidad en América Latina son acontecimientos que pusieron en evidencia el alcance global de estos cambios. Las culturas como objeto de estudio, adquieren ahora, un sentido constructivo y resistente a la totalización, con efectos que aparecen no solamente en los aspectos visibles de la explosión de los estilos de vida urbanos y la afirmación de las etnias y del género, sino también en “los lugares que el estado, padre y madre de las totalizaciones no ha logrado convertir en continuidades y homogeneidades, fueran éstas necesarias u excesivamente represivas”¹.

Gilles Deleuze, filósofo francés que ya había alcanzado notoriedad internacional con un libro muy escandaloso, titulado *El anti-Edipo* (1972), celebra en un amplio ensayo el nuevo libro de un colega y amigo cercano de gran fama, *Vigilar y castigar* (1975) de Michel Foucault. El título del ensayo es, en francés, “Écrivain non: un nouveau cartographe”. Constituye el acta de nacimiento del nombre que designará a aquellos intelectuales que asumen la tarea de proponer mapas, cartografías del presente, después del fin de las grandes explicaciones totalizadoras. A partir de Lyotard y su discusión en 1979 sobre la crisis de los grandes relatos legitimadores y explicativos de la sociedad y de la historia, sabemos que las teorías totalizadoras han perdido capacidad para explicar los cambios de la contemporaneidad. De manera que en el mismo sentido, una lectura del tejido cultural latinoamericano no supone celebrar los rituales del maquillaje modernizante

1 Contra la lectura plana de las representaciones y de la excepcionalidad de América Latina, William Rowe hace esta precisa observación sobre la pertinencia de los Estudios Culturales, en su artículo, “La crítica cultural: problemas y perspectivas”, en: Carlos Rincón y Petra Schumm eds., *Celebraciones y Lecturas. La crítica literaria hoy. Nuevo Texto Crítico* 14-15/1994-95: 42.

de la alta cultura, como se había hecho en el pasado, sino que obliga a reconocer sus efectos en los ‘usos’ culturales tanto de las élites como de los subalternos.

La idea de analizar la cultura como escenario de actuaciones inscribe otro espacio teórico-crítico que funcionará a partir de nuevas categorías como ‘zona de contacto’, que a su vez sugieren una operación cercana a la lectura de mapas como textos. Jean Franco describía así en 1991 este momento liminar para la teoría de los estudios culturales en el caso de Latinoamérica:

Para mí es evidente que la crítica literaria tradicional no nos proporciona el lenguaje ni el método para hablar de la contemporaneidad (...)

A pesar de los distintos enfoques y objetivos de investigadores latinoamericanos y norteamericanos (...) veo que los estudios culturales forman una importante zona de contacto que va a permitir la exploración de algunos problemas teóricos que a mi parecer no se han abordado todavía en forma adecuada. Uno de estos problemas es el estatuto de excepcionalidad que ocupa América Latina en casi todos los debates contemporáneos — sobre la posmodernidad, por ejemplo, sobre el poscolonialismo, y sobre el feminismo.

A pesar de la posmodernidad, a pesar de la disolución del centro y la diseminación del poder, todavía existe la tendencia de seguir debatiendo en términos determinados por la crítica francesa o anglosajona cuando en realidad hay formas más fructíferas de abordar la contemporaneidad.²

El mensaje de esta cita apunta a una problemática que no se puede entender sin nuevas herramientas conceptuales.

¿Para qué necesitamos mapas? Cuando leemos un mapa, nos dice Harley, interpretamos y deconstruimos la esquemática información instrumental que contiene para leer también en los espacios aparentemente neutros, el discurso de sus mitos y sus mecanismos de poder. Es decir, que un mapa es un texto codificado para dos tipos de lectura: una lectura técnica que nos informa sobre la disposición de las cosas en el espacio del mundo, y otra lectura interpretativa que relaciona las fuerzas sociales que han estructurado estos mapas:

Los mapas dejan de entenderse principalmente como registros inertes de paisajes morfológicos o como reflexiones pasivas del mundo de los objetos, para mirarse como imágenes refractadas que contribuyen al diálogo en un mundo socialmente construido.³

2 Jean Franco cita en este punto los artículos muy divulgados de Carlos Rincón (págs. 61-104) y George Yúdice (págs. 105-128), aparecidos en la *Revista de crítica literaria latinoamericana* 29/1989 dedicada al Coloquio de Dartmouth College de 1988. El término ‘zona de contacto’ fue introducido por Mary Louise Pratt en su libro, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (1992). Cfr. Jean Franco, “El ocaso de la vanguardia y el auge de la crítica”, en: Carlos Rincón y Petra Schumm eds. *Celebraciones y lecturas, Nuevo Texto Crítico* 14-15/1994-95: 19, 20 y 22.

3 J. B. Harley/D. Woodward eds. (1987), *The History of Cartography*. Vol. 2. Chicago: University of Chicago Press, 278.

El artículo de Román de la Campa, “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos” (1996), introduce en la discusión latinoamericana esta cuestión que es de gran interés porque recoge los procesos de reflexión que ya se han iniciado en este sentido. El paso de una lectura pasiva de las representaciones a una lectura productora de diálogo, señala también el límite entre una lectura colonizada y una lectura productora de imágenes refractarias o alternativas.

Al filo de la década en 1990, cuando Néstor García Canclini, resume las polémicas de las ciencias sociales y de la primera ronda de la discusión latinoamericana sobre posmodernidad, encuentra en la hibridación, una categoría que es a su vez un método para describir los cambios culturales. “Culturas híbridas” marcó así el comienzo del cambio de los paradigmas teórico-metodológicos de las ciencias sociales latinoamericanas. Pocos años antes en 1987, y a partir de la reciente actuación de los intelectuales en los procesos de reconstitución de la democracia en Argentina, Beatriz Sarlo reconoce el fenómeno moderno de América Latina en términos de “modernidad periférica”. Casi paralelamente, Carlos Rincón, quien a su vez había trabajado en busca de una teoría literaria latinoamericana, con el fin de historizar e inscribir el proceso literario en su ciclo de producción–lectura–reproducción cultural (*El cambio de la noción de la literatura*), se refiere en 1995 a la inserción cultural latinoamericana en la globalidad con la fórmula: “no simultaneidad de lo simultáneo”.

Lo que propusieron estos conceptos-metáforas, no fue simplemente el conocido ritual epistemológico que establece categorías, sino más bien un desbloqueo de los horizontes del trabajo crítico en Latinoamérica. Dicho con términos que Clifford Geertz emplea en otro contexto,

Lo que nosotros estamos viendo no es otro trazado del mapa cultural —el desplazamiento de unas cuantas fronteras en disputa, el dibujo de algunos pintorescos paisajes— sino una alteración de los principios mismos del mapeado. Algo le está sucediendo al modo en que pensamos sobre el modo en que pensamos (...) No se trata de que no tengamos más convenciones de interpretación, cuando ahora las tenemos más que nunca, sólo que han sido construidas para acomodar una situación que al mismo tiempo es fluida, plural, descentrada y fundamentalmente ingobernable (...) Las cuestiones no son ni tan estables ni tan consensuales, y no parece que vayan a resolverse a corto plazo. El problema más interesante no es cómo arreglar este enredo, sino qué significa todo este fermento.⁴

Enmarcado en este proceso, el interés de reunir bajo un título el desarrollo de los discursos culturales sobre Néstor García Canclini, Carlos Rincón y Beatriz Sarlo en el curso de la pasada década tiene como un primer objetivo establecer un archivo/memoria sin el cual se haría difícil entender los procesos de reflexión y su diferencia con discusiones teóricas y metodológicas que han dejado hace tiempo de ser productivas. De ahí la pertinencia de las observaciones de Román

4 Clifford Geertz, “Blurred Genres”, en: *American Scholar* 49/1980: 165 y 170.

de la Campa acerca de la intelectualidad latinoamericana y el sentido de articulación que realizan la articulación de la crítica cultural y literaria en las redes mundiales:

La intelectualidad latinoamericana descubre, tarde o temprano, que las condiciones necesarias para la crítica literaria y cultural se obtienen primordialmente mediante becas y puestos en el exterior. Es una historia conocida y en general desatendida por los presupuestos de integración al capitalismo mundial que anuncia el neoliberalismo y la globalización, una condición que se ha agravado en la última década, la cual corresponde también al surgimiento a veces hegemónico de lecturas posmodernas sobre la historia y la cultura latinoamericana. Vale pues una distinción más cuidadosa de los parámetros que rigen la producción y recepción de discursos ‘pos’ en torno a Latinoamérica. Textos muy recientes de Beatriz Sarlo (*Escenas de la vida posmoderna*), Carlos Rincón (*La no simultaneidad de lo simultáneo*), y Néstor García Canclini (*Consumidores y ciudadanos*), entre otros, apuntan ya hacia un nuevo giro más abarcador, tanto en términos de los estudios culturales (literatura y medios masivos) como en su relación con el nuevo horizonte multidisciplinario del marketing globalizante en el cual la estética, la política y la economía se vuelven inseparables.⁵

Este nuevo horizonte que puede comprenderse como una articulación discursiva global, se toca a su vez con un obstáculo estructural al que se enfrenta la institucionalización de las perspectivas innovadoras en materia de análisis cultural en los países latinoamericanos: el de las incomunicaciones regionales que afectan la posibilidad de debate entre comunidades científicas generales para la América Latina. Y en este tema es central la legitimación del intelectual en espacios públicos, lo que lo obliga a mirar el presente críticamente. Su situación no es en nada comparable a la de los intelectuales en las instituciones de enseñanza superior en los países metropolitanos, quienes a través de los procesos de docencia o de publicaciones se ven confrontados por el pluralismo cultural. En el mismo sentido hay que considerar también las reinvencciones que han tenido que producir los propios intelectuales latinoamericanos para legitimar sus reflexiones coyunturales (pragmáticas?) en situaciones de actuación, que miradas como respuestas inmediatas, tienen la ventaja de suscitar la liberación de nuevos horizontes de preguntas y de abrir espacios alternativos de construcción simbólica.

Aunque sería muy interesante que los latinoamericanos pudiéramos reflexionar en el seno de comunidades científicas sobre los procesos culturales actuales, la renovación de los discursos y la constitución de comunidades académicas se encuentra todavía en una fase incipiente. En el Simposio internacional realizado en la Universidad de Pittsburgh en 1998, Román de la Campa emitió un nuevo jui-

5 Román de la Campa, “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza”, en: Mabel Moraña ed., *Crítica cultural y teoría literaria latinoamericana. Revista Iberoamericana*. 176-177/1996: 698-699. Reproducido en esta recopilación.

cio que obliga a pensar en los distintos escenarios de la diseminación de los estudios culturales en América Latina:

Los estudios culturales son sólo un aventurado deseo posdisciplinario para muchos intelectuales, para otros ya configuran un nuevo amplio campo de estudios digno de la sociedad globalizada, para muchos más, no cesan de marcar el paso de un interminable debate sobre el futuro académico.⁶

Todas estas preocupaciones de hoy en torno a las culturas latinoamericanas y a los estudios sobre las culturas hacen necesario intentar un balance sobre los escenarios discursivos fundados por las “nuevas cartografías”. Es importante destacar que aunque hay otros cartógrafos distinguidos en América Latina, sobre otros libros y conceptos no ha habido debates similares a los aquí documentados. De todos modos, además de los tres escenarios discursivos que aquí reconstruimos, es nuestra intención adelantar un balance del estado de los estudios sobre la cultura que incluya posteriormente otros discursos también decisivos para la conformación del campo en América Latina como los de Carlos Monsiváis, Doris Sommer, Arcadio Díaz Quiñóniz, Walter Mignolo, John Beverley o Nelly Richard, entre otros. De esta manera, lo que queremos proponer —esa es nuestra primera intención— es algo distinto a otros volúmenes colectivos cuyo ámbito es la biblioteca y que tienen una vocación enciclopédica. Se trata más bien de someter textos surgidos como parte de debates no solamente al doble proceso de selección y recopilación, de establecer un archivo/memoria, sino de agruparlos y confrontarlos para buscar un ‘efecto de archivo’. Este volumen reclama así un peso específico propio: el de pretender iniciar una propia memoria documental, con una serie de paradojas como consecuencia. La primera paradoja estaría en proponerse ser archivo de una problemática que es absolutamente contemporánea y abierta a muchas más propuestas. La segunda paradoja estaría en que no se practica ninguna ‘búsqueda de los orígenes’, sino que lo que se busca es ver los materiales presentados como parte de un cambio de paradigmas; y en tercer lugar, una tercera paradoja conllevaría contrarrestar la obsesión natural unida al impulso exegético: la búsqueda de simientes, de semillas.

La segunda intención de este trabajo, además de hacer un balance del estado de la cuestión en momentos en que el conjunto de debates ha alcanzado su *zenith*, es revisarlo retrospectivamente para poner de presente que se está trabajando sobre procesos y articulaciones, es decir, que se busca intervenir en el tejido de redes o cartografías tejidas o establecidas por estos mismos materiales. Con un impulso exegético que intenta recrear un registro más actuante que legislativo, este libro

6 Román de la Campa, “De la deconstrucción al nuevo texto social: pasos perdidos o por hacer en los estudios culturales latinoamericanos. (Hacia una economía política de la construcción de la producción de capital simbólico sobre América Latina confeccionado en la academia norteamericana)”, en: Mabel Moraña ed., *Nuevas perspectivas desde/de América Latina: el desafío a los estudios culturales* (2000) Santiago: Editorial Cuarto Propio-Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: 77.

está pensado para aquellos jóvenes que en este momento están entrando en la discusión, es decir, para aquellos estudiantes que hoy están viviendo la crisis de las disciplinas, pero que disponen en este archivo de un primer horizonte para salir de ella. Por eso, proponerse como ‘archivo’, supone igualmente asumir el principal ‘efecto’ del archivo: la ampliación o explosión de la producción a que suele dar lugar. Cuando el horizonte investigativo se expande y son interrogados críticamente los materiales del archivo, es posible abordar conscientemente la (re)construcción de cada uno de ellos, ingresando así definitivamente en el debate propiamente como tal. Se puede establecer a partir de aquí entonces, un diálogo a propósito de hibridación, la no simultaneidad de lo simultáneo y la modernidad periférica, en un registro diferente, que supone un movimiento y a la vez una continuidad, capaz de generar a partir de su mismo debate, comunidad intelectual y científica.

Genealogías, nuevos lugares de legitimación de los discursos culturales

El término ‘hibridación’ se identifica en sus usos iniciales con la descripción de las mezclas inter-étnicas que en el marco del colonialismo/imperialismo del Siglo XIX hizo parte de las teorías raciales. En castellano, mulo y mulato también se emparentan.⁷ Es sabido que el libro de García Canclini debía tener originalmente como título: *La reconversión cultural*. El título “Culturas híbridas” fue sugerido por la editorial al momento de su publicación, ocurrencia afortunada que lo posicionó en el contexto internacional dentro de la discusión sobre los paradigmas de la heterogeneidad cultural.

Casi al tiempo en que Antonio Cornejo Polar encontraba en su formulación de las literaturas heterogéneas la manera de referirse a la doble codificación de los textos andinos desde el periodo colonial hasta hoy, ‘Hybridity’ aparecía en las discusiones poscoloniales de Homi Bhabha, Stuart Hall y Gayatri Chakravorty Spivak a comienzos de la década de los 80, como reidentificación de experiencias coloniales relegadas por el discurso colonial a los márgenes o las periferias del discurso metropolitano.⁸ Para mostrar las diferentes posiciones que asume la hibridación en la teoría poscolonial, Nikos Papastergiadis se refiere, por su parte, a dos niveles:

7 Para una discusión más completa de la genealogía del término cfr. Robert J.C. Young, (1995) *Colonial Desire. Hybridity in Theory, Culture and Race*, London-New York: Routledge.; Nikos Papastergiadis, “Tracing Hybridity in Theory”, en: *The Turbulence of Migration* (2000), Cambridge UK/Walden, MA: Polity Press/Blackwell Publishers Inc., 168-195.

8 Homi Bhabha (1994), *The Location of Culture*, New York: Routledge; Stuart Hall et al. eds. (1980), *Culture, Media, Language*, London: Hutchinson; Stuart Hall (1988), *The Hard Road to Renewal*, London: Verso; Gayatri Chakravorty Spivak (1987), *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, New York: Methuen; (1990) *The Post/Colonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues*. Sarah Harasym, ed. New York/London: Routledge.

(...) al proceso constante de diferenciación e intercambio entre el centro y la periferia y entre diferentes periferias, y a la vez sirve como metáfora de la forma de identidad que se está produciendo desde estas conjunciones.⁹

En realidad, el tema del libro de García Canclini fue la cuestión de la modernidad latinoamericana, entendida como multiplicidad temporal, y la problemática de cómo entrar (y salir) de ella. Esta cartografía planteaba entonces, la dinámica de las fronteras culturales, como trabajo de antropología cultural sobre las invenciones e intervenciones estéticas y ciudadanas en la frontera Tijuana/San Diego, que ha sido de mucho interés en términos de apropiaciones mutuas. Puede decirse entonces que en el contexto latinoamericano la heterogeneidad cultural fue el tópico de mediados de los ochenta, que al llegar a los noventa se acercó necesariamente a la discusión internacional de hibridación, aunque el libro de García Canclini inicialmente sólo se refería al término en el título y en una nota a pie de página. En ese momento fue una categoría descriptiva subsidiaria del paradigma de la heterogeneidad cultural, una de las varias formas metafóricas de la reinención de la cultura latinoamericana.

La resonancia internacional alcanzada por el libro de García Canclini en el momento de su aparición, dio lugar al conjunto de materiales recogidos en la revista inglesa *Travesía. Journal of Cultural Studies* en el número 2 del año '92. Ese debate, traducido al español para este volumen, incluye las reflexiones críticas de destacados latinoamericanistas procedentes de distintas disciplinas y tradiciones como Mirko Lauer, Jean Franco, John Kraniuskas, Gerald Martin y Jesús Martín-Barbero. Es un ejemplo de cómo se disemina, se amplía y se reinventa el proceso de reflexión crítica.

Más recientemente, para Alberto Moreiras el concepto de hibridación responde al consenso dentro de los estudios culturales que se forma en torno al rechazo de las esencializaciones étnicas ya sean simbólico-literarias o histórico-descriptivas, lo que indica la existencia de un debate entre aquellos que ponen el acento en las políticas de representación, o los que prefieren hablar de resistencia subalterna¹⁰. En el número dedicado al pensamiento de Cornejo Polar en 1999 por la *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Neil Larsen ha hecho un buen resumen del uso 'canclinista' del término en relación con su genealogía latinoamericana, en un aparte de su artículo "Hacia un segundo historicismo", que vale la pena citar en su totalidad:

La hibridez funciona, como principio ético o simplemente 'crítico', sólo en relación negativa a un principio de 'pureza' u homogeneidad. En el caso, digamos, de un nacionalismo cultural fundado en un mito de 'pureza' racial, la insistencia en los 'híbrido' de la cultura tiene un valor crítico obvio. Pero lo culturalmente 'híbrido' en relación a una 'pureza' menos ideológica o hegemónica —tratándose, por ejemplo, de la protección de los derechos lingüísticos de una

9 Nikos Papastergiadis (2000), *The Turbulence of Migration*, cit., 90.

10 Cfr. Alberto Moreiras, "Hybridity and Double Consciousness", *Cultural Studies* 13-14/1999.

minoría étnica— se vuelve un principio básicamente ambiguo. Y en relación a la homogeneidad como propiedad económica —e.g., un alto grado de igualdad en la distribución de la riqueza— la hibridez ya se convierte en principio totalmente inútil, si no sofista. He aquí las limitaciones de una inmanencia textual siempre que el objeto de la crítica no se limite *él mismo* a una forma de identidad abstracta y sincrónica. (En este respecto me parece que Cornejo se equivocó, aunque de buena voluntad, al acusar en la ‘metáfora’ de la hibridez la importación de un ideograma biológico y al valorizar en esa misma metáfora —contrapuesta a la del ‘mestizaje’— una mayor precisión histórica.) En su uso canclinista, por lo menos, la hibridez sólo viste de biologismo a un ideograma textualista, e igual que el mestizaje, carece de cualquier valor crítico-histórico más allá de un simple descriptivismo empírico-cultural.¹¹

Críticas tan matizadas o tan acerbadas son signo inequívoco de la capacidad de generar discurso de disenso político a partir de las teorizaciones de García Canclini y de que el debate sobre hibridación sigue abierto.

El segundo debate que se presenta en esta recopilación, se da en torno a “la no simultaneidad de lo simultáneo”, fórmula que invierte la propuesta de Ernst Bloch en los años treinta sobre la posible lectura simultánea de modernidad y nazismo, en el libro publicado por Carlos Rincón en 1995 y que obliga a efectuar una operación de giro o de descentramiento semántico. Si el mapa de las “culturas híbridadas” parecía referirse todavía a la simultaneidad compleja de temporalidades que servía para comprender la modernidad, la “no simultaneidad” se refiere más bien a categorías que implican ante todo los reordenamientos espaciales de la globalización.

Una de las dificultades que tuvo la discusión de la posmodernidad en la América Latina se debió en parte al apego, *via* la teoría de la dependencia, al argumento de Habermas sobre la necesidad de completar el proyecto incompleto de la modernidad europea:

El inacabado proyecto de la modernidad no puede entonces separarse tan nítida y limpiamente de la razón que inspira la modernización como pretende Habermas (*El discurso filosófico*, pp. 13 y ss.). De ahí que su crisis comporte para la periferia elementos liberadores. Así la posibilidad de afirmar la “no simultaneidad de lo simultáneo” (Rincón) —la existencia de *destiempos con* la modernidad que no son pura anacronía sino *residuos* (en el sentido que esa noción tiene para R. Williams en *Marxismo y literatura*, p. 144) no integrados de *otra economía*— que al trastornar el orden secuencial del progreso modernizador libera nuestra relación con el pasado, con nuestros diferentes pasados, haciendo del espacio el *lugar* donde se entrecruzan diversos tiempos históricos y permitiéndonos así recombinar las memorias y reapropiarnos creativamente de una descentrada modernidad.¹²

11 Neil Larsen, “Hacia un segundo historicismo”, *Revista de crítica literaria latinoamericana* 50/1999: 89. Ver también la posición de William Rowe, 165-172.

12 Jesús Martín-Barbero, “Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de

El texto de Rincón descentra la discusión sobre el posmodernismo que se dio (o no se dio) al interior del debate latinoamericano, introduciendo dos registros para definir el concepto, uno tipológico y otro epocal.

Visto en este contexto puede apreciarse en la discusión de Rincón un planteamiento que intenta dar una respuesta a la problemática de la globalización (una cartografía) y al mismo tiempo, en el momento en que descentra la posmodernidad, introduce los temas del debate poscolonial en la reflexión latinoamericana. Mientras que la modernidad apareció como una compleja organización de las coordenadas temporales y espaciales, las llamadas transformaciones posmodernas implicaron entonces una reordenación del espacio (derrumbe de distancias y fronteras), con un incremento de la simultaneidad y de la sincronía global.

Lo que interesa de ‘la no simultaneidad’ son las turbulencias, las velocidades que se precipitan al introducir en las simultaneidades y las sincronías incrementadas, la diferencia espacial en donde, en el traslape de tiempos históricos, se (re)definen las identidades. Basta preguntarse, como lo sugiere Leonel Delgado Aburto en el artículo que aquí se incluye, cuál podrá ser la ‘simultaneidad’ de una América Latina integrada con Norteamérica en 2009. Desde aquí, la pregunta del poema “A Roosevelt” del modernista Rubén Darío, adquiere en un giro irónico, cuando ya treinta millones de habitantes de los Estados Unidos hablan castellano. Delgado Aburto y Luis Fayad ubicaron en situaciones regionales y de campo artístico los planteamientos de Rincón. Los comparatistas Raymond Borgmeister y Ellen Spielmann los situaron en el debate global y en el proceso de cambio de paradigmas de los estudios sobre lo literario/cultural y social latinoamericanos.

La lectura de textos que hace Carlos Rincón muestra por su parte, el proceso de escritura y de reelaboración de la memoria como una práctica que rearticula la historia entre las culturas. Uno de los procedimientos escriturales que le interesa deconstruir es el de la re-escritura, que diferencia del pastiche. ¿Qué mecanismos de diseminación puede entonces desatar la re-escritura y cómo se relaciona con la historia y la memoria? Es posible que la mejor definición de la articulación de este conjunto de procedimientos sea la de Alfonso de Toro:

El término recordar, el primero en la actividad de ‘re-escribir’, se puede entender como el intento de *apoderarse* del pasado para elaborar y superar el estado colonial. Es importante tener en cuenta que la elaboración es libre, no tiene primeramente una finalidad, se libra a la asociación de un estado altamente receptivo, se encuentra en un estado momentáneo de desorden. Describe algo que no se alcanza a comprender, lo único que se sabe con certeza es que se refiere al pasado. El pasado se deconstruye y no se elimina. No se trata de recuperar, de emplear partes del pasado, sino de elaborar, preelaborar ciertos proyectos que el colonialismo y el neo-colonialismo reclamaban como suyos, por ejemplo, la emancipación de los colonizados a través de premisas de los colonizadores y sin un diálogo. ‘Re-escribir’ el colonialismo significa haberlo ‘digerido’

de tal modo que desaparece como categoría determinante y abre una proyección al futuro haciendo posible el presente.¹³

El tercer debate del que nos ocupamos, es provocado por las nociones de ‘modernidad periférica’ y por el posterior trazo de ‘escenas de la vida posmoderna’ que propone Beatriz Sarlo, a partir de un momento de crisis, en que experimentó la necesidad imperiosa e inaplazable de cambiar sus formas de práctica y de fundamentación de la actividad crítica. Al examinar la historia cultural argentina de los años veinte y treinta, a Beatriz Sarlo le apasionó el impacto de la modernidad en los procesos de masificación de las clases populares, fenómeno que sucedió a las formas de la primera modernidad en dirección centro-periferia. A esta segunda modernidad la llama, ‘modernidad periférica’. Las ‘escenas posmodernas’, son la continuación de esta modernidad, ahora bajo condiciones de transnacionalización, computarización y audio-visualidad electrónica que tienen lugar en espacios que hoy día se identifican con las dinámicas urbanas espectacularizadas, como son los *shopping malls* o las necesidades estéticas fabricadas por la televisión y las industrias de consumo.

Pero lo interesante de este proceso de producción del pensamiento crítico de Beatriz Sarlo es su capacidad de inventarse un lugar de legitimación simbólica a partir de la vivencia de su propia crisis como intelectual, en un momento reciente de la historia argentina durante el periodo de dictadura cuando el acceso a la universidad estuvo vedado para los intelectuales. Tales escenarios influyen en la creación de una nueva figura de lo público que obliga a los intelectuales a salir de sus nichos académicos y a desarrollar nuevas destrezas comunicativas con una audiencia más heterogénea. Beatriz Sarlo encarna su propia modelación intelectual en un performance en el que ostenta su capacidad de permanente reinención y de respuesta ágil, en situaciones de reto intelectual. En las palabras de Hugo Machín, Sarlo desmitifica la actitud de los intelectuales de la década del setenta cuando “revisa su pasado intelectual sólo para afirmar lo que es evidente: que, en los ochenta, la creencia intelectual voluntarista fue desplazada por otra simbólico-democrática”.¹⁴

Entre los materiales relativos a las posiciones de Beatriz Sarlo hemos incluido, por eso, al lado del ensayo de Patricia D’Allemand, un primer documento de gran expresividad y representatividad de su estilo intelectual. Se trata de su conferencia y la discusión que coordinó Jorge Ruffinelli en Stanford University en 1990.

13 Alfonso de Toro, “La postcolonialidad en Latinoamérica en la era de la globalización: ¿Cambio de paradigma en el pensamiento teórico-cultural latinoamericano?”, en: Alfonso de Toro/Fernando de Toro eds. (1999), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una modernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*, Frankfurt am Main: Vervuert: n. 5, p. 34.

14 Hugo Machín, “Intérpretes culturales y democracia simbólica”, en: Mabel Moraña ed. (2000), cit., p. 341.

Inquisiciones del futuro

El debate sobre los discursos teórico-culturales que se documenta en este volumen puede mostrar algunos de los procesos que ha tenido la reflexión en la América Latina a fines del milenio, para generar un cambio de paradigmas que posibilita la apropiación de una operación racional ‘transversal’ en un diálogo paritario con la academia internacional.

El debate filosófico acerca de los límites de la razón dualista fue resuelto en un nuevo horizonte por los ‘nuevos cartógrafos’ en dialogicidad con teorías europeas y norteamericanas como ‘el régimen del simulacro’ de Baudrillard, la ‘diferencia’ de Derrida, la ‘desterritorialización’ de Deleuze y Guattari, la ‘no univocidad de las reglas’ de Eco, la ‘lógica cultural del capitalismo tardío’ de Jameson, la ‘comunidad imaginaria’ de Anderson, la crisis de los esquemas finalistas legitimadores de Lyotard, la relación poder-saber de Foucault. Esta interacción permite a su vez, para todas las partes, apropiarse de la cultura por fuera de las fronteras políticas y nacionales. Lo que interesa de este debate filosófico es el concepto de ‘razón transversal’ propuesto por Wolfgang Iser desde 1987,¹⁵ y que más recientemente precisaba así:

Esto no significa, naturalmente, que la razón transversal no tenga ningún tipo de estructura ya que ésta carecería de forma y no podría operar y por consecuencia sería inexistente. Sólo que las estructuras de la razón transversal no constituyen principio. No representan un contenido determinado (...) sino son estrictamente formales.¹⁶

A propósito de la discusión sobre otra lógica de la razón, hay que señalar la resistente impermeabilidad latinoamericana ante los planteamientos del pragmatismo norteamericano como los relacionados con la idea de una ‘razón expresiva’.

Ahora bien, hasta ahora las compilaciones que conocemos sobre el debate de las culturas, su escrutinio y los Estudios culturales en América Latina¹⁷ abren

15 A la ‘Transversale Vernunft’ está dedicado todo el capítulo XI (págs. 295-318) de su libro *Unsere postmoderne Moderne*. Weinheim: VCH, Acta Humaniora, 1987.

16 Wolfgang Iser (1997), *Vernunft. Die zeitgenössische Vernunftskritik und das Konzept der transversalen Vernunft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp: 764.

17 Nos hemos referido al libro del 2000 de Mabel Moraña. También hemos consultado la compilación de Beatriz González Stephan (1996), *Cultura y Tercer Mundo. Vol. 1: Cambios en el saber académico; Vol. 2: Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad; y la de Josefina Ludmer (1994), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora. El ‘Reader’ de John Beverley, José Oviedo y Michael Ahorna (comp.) (1995), *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham-Londres: Duke University Press, no alcanzó divulgación latinoamericana, por obstáculos de idioma. Mucho menor todavía ha sido, por motivos semejantes, la circulación del volumen de Birgit Scharlau (comp.) (1994), *Lateinamerika denken. Kulturtheoretische Grenzgänge zwischen Moderne und Postmoderne*. Tübingen: Gunter Narr Verlag, comparable al volumen editado

una pluralidad de enfoques para enfatizar la disparidad y las luchas internas de intérpretes y exegetas de la cultura latinoamericana de la globalidad quienes justifican el ‘deseo’ de armar una argumentación ‘políticamente correcta’. En este sentido, el conocido ensayo de Fredric Jameson sobre el monumental volumen (788 páginas en cuarto) de 1992 de Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler titulado *Cultural Studies*, se refiere al debate en términos de dos posibles escenarios: el deseo o la utopía:

No obstante el conflicto[sobre el acto de consumo y la mercancía], la alienación, la reificación o lo que solía llamarse lo inauténtico, deben recibir lo que es debido: nada interesante es posible sin la negatividad; error, ideología o falsa conciencia son también hechos objetivos que la verdad tiene que reconocer (...) Más allá de esto está la Utopía, también operando secretamente en muchos lugares de estas páginas, donde han de encontrarse las formas más oscuras de la alegría y la celebración narcisista del grupo (...) ¹⁸

Como este volumen abre con las preguntas acerca de cómo se dio un cambio de discursos que hoy es un hecho, al llegar al final no queremos cerrar, sin dejar abierta la posibilidad de continuar el debate en sus formas más productivas. Además de las documentaciones sobre los tres debates que se han reconstruido, cada sección incluye dos textos seleccionados dentro de la producción más reciente de los respectivos autores discutidos. Son ejemplos de “qué significa pensar” en una proyección futura a partir de colocarse más allá del *point of no return* después de que ha sido posible hacer un balance de los debates. Una primera preocupación en la que se presentan coincidencias es la problemática de la redefinición de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos planteada por el final de la Guerra fría, el establecimiento del Tratado de Libre Comercio, y el nuevo desafío de los movimientos migratorios que han cambiado la composición demográfica norteamericana. Los Estados Unidos tienen una población ‘latina’ de treinta millones o más —mayor que la población de algunos países latinoamericanos como Venezuela, Perú y a la par con Argentina— y en los próximos años constituirá la mayor ‘minoría’ en el país. A este fenómeno debemos agregar además la tesis de Joseph S. Nye Jr., mencionada por Rincón en su libro, pues modifica la comprensión de la situación: “el problema del poder en los Estados Unidos en el siglo XXI no es el de nuevos desafíos de hegemonía sino los nuevos desafíos de la interdependencia transnacional” ¹⁹.

Para tratar de la cuestión, Néstor García Canclini aborda la producción de imágenes hibridizadas —el caballo de Troya con dos cabezas en la frontera Tjua-

por Moraña. En medios académicos y culturales de Francia, la discusión teórica cultural latinoamericana sigue siendo ignorada hasta hoy, con la excepción de los trabajos de Serge Gruzinski, quien vivió más de diez años en México, D.F.

18 Fredric Jameson, “Sobre los Estudios Culturales”, en: Beatriz González Stephan (comp.), cit., 232.

19 Joseph S. Nye, Jr. (1991), *Born to Lead: The Changing Nature of American Power*. New York: Basic: 260.

na/San Diego es su mejor emblema— en el campo de las artes plásticas. Carlos Rincón se centra en la re-escritura de ‘Foundational Fictions’ realizadas por novelistas latinoamericanos, utilizando el término de Doris Sommer en su libro sobre las novelas de fundación republicana en Latinoamérica, para historizar este procedimiento en sus articulaciones internacionales contemporáneas. Su trabajo enfoca en particular el caso de la re-escritura de *The Scarlet Letter*, el romance fundacional del imaginario nacional de los Estados Unidos, por *Del amor y otros demonios*.

En segundo término la cuestión del “desafío de los Estudios culturales” —según la fórmula de Mabel Moraña en el título de su recopilación varias veces citada— surge como interés en el artículo de García Canclini, “El malestar en los estudios culturales” y en el ensayo de Rincón, “Metáforas y Estudios Culturales”, aunque desde dos posiciones que son diferentes. García Canclini se devuelve a la nostalgia sobre los datos duros de las ciencias sociales, mientras que Rincón encuentra en las metáforas las figuras de un método ‘transversal’. Por su parte, Beatriz Sarlo asume el desafío de manera *indirecta*, discutiendo las tesis de Oscar Landi sobre la televisión y sobre todo con planteamientos acerca del valor estético. A este respecto debe tomarse en cuenta que las perspectivas que transforman y expanden las agendas para explorar las problemáticas de valor y de los actos de evaluación que no tenían solución con las herramientas conceptuales tradicionales, surgen en la intersección entre la teoría de la crítica y el trabajo en filosofía, estudios culturales, políticos y sociales. Según ha señalado Gayatri Chakravorty Spivak:

La ‘forma total o extendida del valor’ donde ‘la serie de (las) representaciones de valor nunca llega a su fin’, un ‘mosaico manchado de expresiones disparatadas e inconexas’ en las que la infinita serie de expresiones son todas diferentes entre sí y donde ‘la totalidad no es una forma singular o unificada de la apariencia’, es lo que Foucault o Deleuze, o de manera expresa Gayle Rubin escogen como su campo de análisis.²⁰

Para captar el clima y las estrategias de la discusión que ha surgido en torno a los Estudios culturales incluimos los últimos materiales de Beatriz Sarlo, tanto su ponencia “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada de los valores”, como el intercambio de opiniones con el crítico brasileño Roberto Schwarz y la discusión posterior bajo el título “Literatura y valor”. En la sesión coordinada por John Kraniuskas, en el aula máxima de la Universidade Federal de Santa Catarina en Florianópolis, (agosto de 1998, Congreso de la Associação Brasileira de Literatura Comparada) hubo interpelaciones mucho más agresivas que las de Stanford. Las posiciones de Sarlo en la ponencia siguen aferradas a la idea de que el valor es intrínseco a los textos y se mide en relación a su densidad.

20 Gayatri Chakravorty Spivak, “Poststructuralism, Marginality, Post-coloniality and Value”, en: Peter Collier/Helga Geyer-Ryan eds. (1990), *Literary Theory Today*, Ithaca: Cornell University Press: 238-239.

Esto presupone que el valor se hace depender todavía de personas de calificación cierta (los críticos especializados, la escuela), supuestamente dotadas de una sensibilidad literaria aguda al igual que liberadas de intereses personales. Pero el sentido del valor como una serie abierta a una permanente reevaluación, como lo describe Gayatri Chakravorty Spivak en el texto que hemos citado, se recupera en el ‘performance’ de Beatriz Sarlo. En la transcripción de esta segunda discusión vemos a Beatriz Sarlo como una intelectual en el acto de pensar, discurrir, replicar con su dominio del escenario, su capacidad de contra ataque y provocación, la amplitud de sus referencias y alusiones, su *savoir faire* ante un auditorio que la interpela poniendo en cuestión sus preferencias estéticas vanguardistas hoy comunes entre públicos muy amplios. El desafío final es llevarla a hablar de cine de Hollywood o de películas latinoamericanas “vulgares”. La pregunta por el valor estético en la forma como la plantea Sarlo estaría relativizada por los cien millones de espectadores que miran diariamente en toda Latinoamérica y los Estados Unidos “El show de Cristina”. Para volver a la literatura y al papel de los críticos, el comentario de Manuel Vázquez Montalbán durante una conversación en 1999 con el editor de *La Ojarasca*, Hermann Bellinghausen, en México nos pone frente a la pregunta concreta por el valor hoy:

Tal vez los *gurus* estén en decadencia porque el gusto lo crea un nuevo sujeto, el público dotado de criterio (...) No hay que confundirlo con el mercado. El público que sabe tanto como el crítico y el escritor y está en condiciones de descodificar tanto como puede estarlo el crítico. Normalmente el crítico profesional se radicaliza y se convierte en un dogmático y en un sectario de los valores que ha seleccionado, de su propio canon.²¹

Para los jóvenes, dejamos estas cartografías abiertas, una vez culminado el balance general que nos propuso Antonio Cornejo Polar, animado por el debate acerca de una teoría de la literatura latinoamericana, para unirlo con las discusiones de los noventa, ya que sólo ha tenido una divulgación amplia en 1999. Las tesis propuestas por Javier Vilaltella sirven de cierre provisional y de puente para nuestro segundo volumen de cartografías culturales en debate.

¿Será posible que no tengamos que repetir las teatrales polarizaciones que ya reaparecen en los procesos de institucionalización, cuando podemos encontrar otras preguntas a partir de las nuevas formas de preguntar para poder ‘pensar’ un horizonte plural? ¿Cuáles serán los medios, las cartografías, las formas de pensar el cambio? ¿Cómo se articulará el mundo? ¿Cuáles serán los valores acerca de la vida en las nuevas velocidades de la cultura?

Conversaciones con Arcadio Díaz Quiñóniz, Walter Mignolo, Juan Duchesne, Juan Gelpí, Aurea María Sotomayor, Carmen Millán, Santiago Castro-Gómez y Hans Ulrich Gumbrecht dieron impulsos decisivos a este libro. Mis agradecimientos a todas las personas que contribuyeron a su realización. A William

21 Manuel Vázquez Montalbán (1999), *Marcos, el Señor de los espejos*, México, D.F.: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.L.: 224.

Rowe quien me permitió traducir y publicar el debate sobre ‘Culturas híbridas’ de *Travesía*. A Gerald Martin por la revisión de la versión al castellano de su artículo. Cristina Soto de Cornejo tuvo deferencia particular en su apoyo con material. Estela Sarmiento e Ina Jennerjahn colaboraron en la consecución de textos. La investigación fue iniciada en la Biblioteca Luis Angel Arango, del Banco de la República en Santafé de Bogotá cuyo personal atendió mis pedidos y solicitudes. En Berlín, la generosa atención del señor Dr. Wolfgang Ulland me permitió conocer y consultar la biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut, cuya colección sobre América Latina es la más grande y completa de toda Europa, y los encargados de préstamos y servicios apoyaron mi trabajo. Enrique Velasco sistematizó el manuscrito. A Olaf Gaudig y Peter Veit, mis editores, debe este volumen su forma final. A todos ellos manifiesto mi profunda gratitud. Las revisiones finales de *Culturas híbridas — No simultaneidad — Modernidad periférica: Mapas culturales para la América Latina* se llevaron a buen término, gracias a una permanencia como investigadora invitada en Alemania por el Lateinamerika-Institut de la Freie Universität Berlin, a través del convenio entre el Servicio alemán para el intercambio académico (DAAD) y el Instituto colombiano para el desarrollo de la ciencia y la tecnología Francisco José de Caldas (Colciencias).

Berlín, Junio de 2000

Román de la Campa

Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: Discurso poscolonial, diásporas y enunciación fronteriza

El nómada habita esos lugares; permanece en ellos y los hace crecer, ya que se ha constatado que el nómada crea el desierto en la misma medida en que el desierto lo crea a él. El nómada es un vector de desterritorialización.

Gilles Deleuze y Felix Guattari

Introducción

Este trabajo se propone examinar la producción de discursos críticos en torno a Latinoamérica, con énfasis particular en la confluencia actual de órdenes literarios, históricos y filosóficos.¹ Más concretamente, se trata de una reflexión sobre la llamada época posmoderna y sus diversos proyectos latinoamericanistas: los discursos que los definen, su relación con el objeto de estudio, y sobre todo, la forma en que estos articulan la noción de cultura o literatura latinoamericana en un momento marcado por las fases paralelas de globalización y neoliberalismo. Se encuentran ya, después de varias décadas de trabajo deconstructor y posmoderno, amplios proyectos de investigación de los cuales se desprende, a mi entender, toda una nueva serie de interrogantes y propuestas cruciales para la crítica latinoamericana contemporánea. Se trata de proyectos posteriores al paradigma de la posmodernidad inicial en su vertiente literaria estrecha —digamos en torno al *boom*, el *post-boom* y el *neobarroco*, por citar tres instancias muy conocidas— que ahora se dirige a un encuentro cultural más amplio, sin desechar los alcances anteriores.

Entre estos acercamientos se encuentran varias propuestas innovadoras: 1) la reformulación de la periodización colonial, integrando aportes teóricos que cuestionan los cortes espaciales y temporales acostumbrados junto con las exigencias del conocimiento historiográfico (ver, por ejemplo, la obra de Rolena Adorno y el libro *Plotting Women* de Jean Franco); 2) abordaje de la oralidad latinoamericana desde su compleja y enriquecedora relación con la producción de literatura alternativa, al igual que sus modos de transmisión cultural y memoria colectiva, el contexto de la tradición escritural de occidente y la nueva oralidad massmediática (ver las investigaciones de Martin Lienhard); 3) reflexión más profunda de los dispositivos epistemológicos de la cultura latinoamericana que giran en torno a la transculturación, la hibridez y la heterogeneidad, reconociendo

1 “Documentos de Trabajo: Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XX/40 (Lima, 1994), 363-374. Los cuatro trabajos corresponden a: Rolena Adorno, Antonio Cornejo Polar, Walter Mignolo, Martin Lienhard.

do que toda síntesis explicativa menoscaba la paradójica pluralidad de los discursos que informan esa cultura en un momento dado (ver las propuestas más recientes de Antonio Cornejo Polar); 4) examen de la semiosis de producción crítica como red de instancias enunciativas que conllevan tanto objetividad como subjetividad; constituyendo así un marco posmoderno más autocrítico de posiciones, epistemas, disciplinas y otras formas de estudiar o articular la crítica literaria (ver, por ejemplo, el proyecto poscolonial de Walter D. Mignolo); 5) examen de la cultura latinoamericana posmoderna en su etapa ya más definida por los conflictos y las posibilidades de la globalización (trabajos recientes de Néstor García Canclini y Beatriz Sarlo).

No pretendo hacer aquí un resumen de cada uno de estos proyectos, sino deslindar ciertos vínculos importantes que espero explorar brevemente en este ensayo. En línea con mis propios proyectos, intereses y dudas más recientes, demarcados por los temas de posmodernidad, poscolonialismo y transculturación, mis observaciones remiten más a los proyectos de Mignolo, Cornejo Polar, García Canclini y Sarlo, pero importa percatarse de que la periodización colonial y la oralidad son igualmente aspectos constitutivos de cualquier acercamiento a los estudios culturales latinoamericanos.² La proliferación de discursos críticos de los últimos treinta años, bien sabido lo es, coincide con el período en que la literatura latinoamericana cobra un valor paradigmático para la literatura mundial. Importa, por ello deslindar un poco más ese desarrollo aparentemente simultáneo que ha llevado a muchos a pensar en la literatura latinoamericana como la quintaesencia de la posmodernidad y la diferencia.³

Hay, claro está, aspectos menos celebrados de gran importancia para el intelectual contemporáneo dedicado a la cultura latinoamericana, particularmente los que trabajamos en universidades y centros de investigaciones norteamericanos. Me refiero al régimen de limitaciones que impera en una gran mayoría de los medios intelectuales de América Latina. Se globaliza el estudio de lo latinoamericano, se integran sus textos principales al canon occidental, pero disminuyen o desaparecen las posibilidades de investigación para muchos intelectuales en Latinoamérica. La mayoría de los cargos académicos actuales apenas permiten subsistir y la investigación remunerada es más bien un lujo de pocos que no llega a muchos jóvenes talentosos y dedicados. La intelectualidad latinoamericana descubre, tarde o temprano, que las condiciones necesarias para la crítica literaria y cultural se obtienen primordialmente mediante becas y puestos en el exterior. Es una historia conocida y en general desatendida por los presupuestos de integración al capitalismo mundial que anuncia el neoliberalismo y la globalización, una condición que se ha agravado en la última década, la cual corresponde también al surgimiento a veces hegemónico de lecturas posmodernas sobre la histo-

2 Ver particularmente, Román de la Campa, "Hibridez posmoderna y transculturación: políticas de montaje en torno a Latinoamérica". *Hispania*, XXIII/69 (1994).

3 Ver, por ejemplo, la propuesta de Antonio Benítez-Rojo en *La Isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* (1989), Hanover: Ediciones del Norte.

ria y la cultura latinoamericana.

Vale pues una distinción más cuidadosa de los parámetros que rigen la producción y recepción de discursos “pos” en torno a Latinoamérica. Textos muy recientes de Beatriz Sarlo (*Escenas de la vida posmoderna*), Carlos Rincón (*La no simultaneidad de lo simultáneo*) y Néstor García Canclini (*Consumidores y ciudadanos*), entre otros, apuntan ya hacia un nuevo rigor más abarcador, tanto en términos de los estudios culturales (literatura y medios masivos) como en su relación con el nuevo horizonte multidisciplinario del marketing globalizante en el cual la estética, la política y la economía se vuelven espacios inseparables.⁴ La posmodernidad se ha prestado mucho más al debate cultural y político en América Latina, mientras que en Estados Unidos lo posmoderno ha permanecido mucho más cercano a las disciplinas crítico-literarias y el pensamiento post-estructuralista, ambos parte integral de los espacios de relativa autonomía que el sistema universitario norteamericano hereda de la gran tradición humanista. Han quedado así desatendidos muchos valiosos aportes a la posmodernidad que aparecen en América Latina desde hace más de una década, entre ellos las tempranas investigaciones auspiciadas por CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), las cuales proveen todavía un horizonte enriquecedor de la problemática posmoderna en muchos campos de estudios latinoamericanos. *Cultura política y democratización*, por ejemplo, sigue siendo una colección valiosa⁵.

Estos aportes comienzan a diseminarse en inglés a mediados de los noventa, veinte años después del apogeo deconstructor literario inspirado en las obras de Barthes, de Man y Derrida, que solía enmarcar muchas propuestas posmodernas. La antología *Postmodern Debate in Latin America* editada por John Beverley y José Oviedo, primero en 1993 —y ampliada en 1995— rescata la importancia de estas fuentes para un diálogo hasta ahora ausente⁶. En esos tomos surgen traducidos al inglés, en algunos casos por primera vez, el pensamiento crítico de Norbert Lechner, Néstor García Canclini, Raquel Olea, Martin Hopenhayn, Nelly Richard, Enrique Dussel y otros interlocutores de la cultura latinoamericana contemporánea. Y aún después de este primer asomo, estas fuentes permanecen fuera del marco referencial de un latinoamericanismo literario cada vez más proliferante y abarcador.⁷ Igualmente debe añadirse que el pensamiento crítico bra-

4 Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos, Conflictos multiculturales de la globalización* (1995), México: Grijalbo. Carlos Rincón, *La no simultaneidad de lo simultáneo, Posmodernidad, globalización y cultura en América Latina* (1995), Bogotá: Editorial Universidad Nacional. *Escenas de la vida posmoderna* (1994), Buenos Aires: Espasa Calpe.

5 *Cultura política y democratización* (1987), Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

6 La primera edición correspondió a un número especial de *boundary 2*, luego como libro por Duke University Press (1995).

7 Véase por ejemplo, la reciente antología *Latin American Identity and Constructions of Difference*, editada por Ameryll Chanady, *Hispanic Issues* 10 (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994). El ensayo introductorio de Chanady, “Latin

sileño, el cual cuenta con la presencia de figuras como Roberto Schwarz y Silviano Santiago, tampoco ha sido ampliamente reconocido en este terreno. En conjunto, más que un olvido se trata de un desencuentro fundamental entre diversos modos de hacer y vivir la posmodernidad latinoamericana.

No sería una exageración decir que la crítica literaria y el mercado de diseminación en lengua inglesa del pensamiento literario-posmoderno han sido, y siguen siendo, los códigos predominantes del discurso sobre la posmodernidad en general, y sobre la literatura latinoamericana en particular. “Existen diferentes comunidades narrativas e interpretativas, tradiciones disciplinarias distintas”, advierte Carlos Rincón en donde resulta decisivo el peso de las instituciones de producción del saber⁸. Las cuatro quintas partes de las revistas del mundo donde se trata la literatura latinoamericana se publican en los Estados Unidos. Habría que abordar entonces esta anomalía: ¿cómo se produce una crítica literaria tan dispuesta a pronunciarse sobre la epistemología y su impacto en la historia cultural latinoamericana de nuestros días, partiendo solamente de escasas muestras literarias o filosóficas, y sin acoplar las manifestaciones más contemporáneas de la correspondiente zona cultural en particular⁹?

Problematizar este paradigma ha sido una labor de una minoría de críticos literarios ansiosos de ampliar el horizonte de la posmodernidad literaria latinoamericana, conscientes de que la versión que se tiende a generalizar en los centros de investigación norteamericanos merece una relación más dinámica entre cultura y literatura. La posmodernidad literaria, época posterior al *new criticism*, la estilística, y el estructuralismo, suele prometer pero no siempre exigir una profunda revisión del terreno privilegiado que solía otorgársele a lo literario. Hay, claro está, otra curiosa contradicción que muestra la dificultad de abrir espacios multidisciplinarios para un estadio amplio y dinámico de la cultura latinoamericana. El discurso científico social norteamericano ha mantenido, en términos generales, un escepticismo categórico hacia la posmodernidad que tampoco le permite someter a una atenta lectura los aportes latinoamericanos al tema. De hecho, el interesante debate sobre el poscolonialismo auspiciado por la organización de estudios latinoamericanos (LASA) en 1993 podría leerse más bien como una reflexión tardía, y quizá forzada, por la extensión de los presupuestos posmodernos humanísticos hacia el terreno de la periodización colonial. Importa notar que el debate dio paso, no obstante, a varias intervenciones valiosas sobre la periodización colonial, pero es ilustrativo que haya sido integrado exclusiva-

American Imagined Communities and the Postmodern Challenge”, sostiene que la posmodernidad derridiana es un nuevo horizonte de desafíos (sin limitaciones) que la crítica latinoamericana no ha explorado.

8 Rincón, 212.

9 Una lectura aclaradora se encuentra en *Posmodernidad en la periferia*, editado por Hermann Herlinghaus y Monika Walter (1994), Berlin: Langer Verlag. Otra colección de ensayos importantes se encuentra en *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Coordinador, Daniel Matos (1994), Caracas: Unesco, Nueva Sociedad.

mente por investigadores e investigadoras radicados en Estados Unidos, de los cuales sólo una se especializaba en materias no literarias¹⁰.

De este abreviado recuento puede deducirse que la cartografía del correlato latinoamericano responde a nuevas demarcaciones territoriales, aunque éstas no siempre se comuniquen entre sí. Lo que se entiende por América Latina ahora comprende comunidades de producción constante que no distinguen entre las diferencias de acceso a la enunciación de capital simbólico. Si se toma en cuenta la creciente población latinoamericana y su coeficiente de intelectuales, el desnivel entre la multiplicidad de voces posibles y las escasez de voces posibilitadas tiende a crecer. Bien se entiende ya que cada disciplina configura el objeto de estudios según los confines de sus metadiscursos, los cuales, a su vez, responden cada vez más al mercado de productos académicos universitarios. En Estados Unidos, esto también corresponde a un momento de gran fluidez migratoria en el hemisferio que le ha otorgado mucho más atención y prestigio a los discursos *latinos*, *hispanos* y latinoamericanistas producidos en los centros académicos europeos y norteamericanos ¿Cómo distinguir pues entre las distintas formas de imaginar a Latinoamérica? ¿Es válido diferenciar entre los discursos producidos dentro, fuera o en la diáspora, sin caer en esquemas binarios reductivos entre lo autóctono y lo foráneo? ¿Qué balance existe entre el influyente latinoamericanismo transnacional escrito usualmente en inglés, y el que se articula en español, portugués y otros idiomas con escasos recursos institucionales de investigación? ¿Cómo demarcar estas diferencias dentro de los contornos del mercado global de imágenes y discursos profesionales? Creo que en ese repliegue de silencios, desfases y posibilidades se encuentra una de las aporías principales de la celebración posmoderna en el terreno crítico literario¹¹. Creo también que a esa aporía remite la contradictoria condición de críticos *pos* (tanto modernos como coloniales), académicos fronterizos, o en nuestro caso, latinoamericanistas de intermedio, miembros de diásporas, o nómadas, que viajamos por el espacio cultural y geográfico vislumbrando infinitas posibilidades de releer un pasado que sentimos nuestro desde la lejanía.

El crítico Henry Louis Gates ha exclamado que definir el poscolonialismo equivale a un acto de “higiene epistemológica”¹². Con ello alude a las diversas formas de leer la obra de Franz Fanon hoy día. Creo que esto atañe más a la necesidad de distinguir lo que se entiende por posmodernismo a partir de un mercado académico y social de pulsiones globalizantes y neoliberales que afecta la morfología *pos* tanto o más que el rigor crítico o literario. Por ello quisiera reiterar, antes de ahondar más a fondo la problemática actual de los estudios literarios latinoamericanos, que los nuevos discursos críticos han abierto un sinnúmero de posibilidades a los análisis textuales. Me refiero al panorama amplio que devino

10 “Commentary and Debate”, *Latin American Research Review*, 28, 3/1993: 120-134.

11 Walter Mignolo aborda esta problemática en su “Editor’s Introduction”, *Poetics Today* 15,14 (Winter, 1994).

12 “Critical Fanonism”, *Critical Inquiry*, 17/1991: 457-470.

del formalismo ruso, el estructuralismo, la hermenéutica, el materialismo sui generis de Walter Benjamin, la escuela de Frankfurt y la semiótica de la cultura, los cuales vienen afinándose desde finales de los años sesenta en torno a varias vertientes del pensamiento feminista, la semiosis barthesiana y la deconstrucción. Importa notar, sin embargo, que a partir de los ochenta, estos discursos pasan a una fase más complicada por un orden cultural que altera radicalmente la función del arte y la crítica académica. Empieza a palpase entonces un desencuentro cada vez más radical entre el post-estructuralismo de vanguardia humanística y la posmodernidad propia, es decir, la sociedad radicalizada por el hipercapitalismo y los diseños neoliberales. La obra de Jameson, por ejemplo, gira hacia esta problemática después de la publicación de su *Political Unconscious* en 1981. La reflexión filosófica sobre el orden social posmoderno en sí se hace sentir también a partir de este momento, particularmente en la obra de François Lyotard y Jean Baudrillard.

Esta es una raigambre rica, contradictoria y altamente diversa que sigue nutriendo promociones de mujeres y hombres, dedicados a la crítica, aunque ya no tanto en torno a la literatura sino a la epistemología, o lo que prefiero llamar *teoría epistémica*, es decir, un rejuego incierto entre la epistemología y la estética¹³. Esto, a mi entender, constituye una profunda transformación de los estudios literarios en torno a lo que hoy se conoce, de forma generalizada e imprecisa por discursos posmodernos. Se trata de una praxis que debe buscar nuevas formas de legitimación en un mercado de discursos mucho menos dispuesto a subsidiar los estudios humanísticos, aunque a veces los añore. Desde allí la crítica ha tenido que volverse más profesional y aún más técnica en sus lenguajes de especialización, pero también ha sentido la necesidad (o la ansiedad) de abarcar mucho más territorio que antes, más allá de los textos literarios, hacia una discursividad que ciñe a las artes, las humanidades, las ciencias sociales, y a veces las mismas ciencias físicas ya que éstas dependen también de la representación verbal o discursiva. Sus temas actuales suelen ser, por lo tanto, profundamente abarcadores, aunque siempre desde presupuestos que encierran a los otros discursos dentro de esa búsqueda *epistémica*. Impera en ellos una agenda de proyectos definidos por metas y proyectos de gran alcance: redefinir los campos de estudio, reorientar el modo en que se entiende el nacionalismo, o la sexualidad, reconceptualizar el sujeto de la metafísica occidental, explicar el error de la modernidad, teorizar el tercer mundo, es decir, dirigirse hacia el futuro humano como si se partiera de una tabula rasa armado de un metalenguaje inventivo, no obstante que los medios disponibles para ello —los discursos de la de-significación y la diferencia— se definen precisamente por la lejanía que mantienen ante cualquier estímulo de imaginar alternativas concretas¹⁴. La creciente distancia entre la epistemología y

13 Una muestra importante se encuentra en *Do the Americas Have a Common Literature?*, editado por Gustavo Pérez Firmat (1990), Durham: Duke University Press.

14 En la crítica latinoamericanista de Estados Unidos, el ejemplo más comprometido con esta búsqueda quizá se encuentre en *The Other Writing. Postcolonial Essays in*

las ciencias sociales encuentra un resumen esclarecido en la siguiente observación de Norbert Lechner: “Si no lográramos desarrollar un nuevo horizonte de sentidos, la institucionalidad democrática quedaría sin arraigo: una cáscara vacía”¹⁵.

La posmodernidad en vivo

Es ya un lugar común reiterar que el devenir de los nuevos discursos teóricos en el terreno literario fluye, en su mayor parte, de la obra de Foucault, Derrida y Paul de Man, o que se nutre de relecturas de Nietzsche, Heidegger y Borges. Es también consabido, aunque algo más problemático, reconocer que ninguno de ellos corresponde o se identifica directamente con la determinación posmoderna que Jameson, Lyotard, Baudrillard, Vattimo, de Certeau y otros filósofos observan en modos distintos, y a veces opuestos. Pero me interesa explorar el paradigma académico y el mercado de discursos que se ha generalizado a partir de todos ellos en conjunto, más allá del significado o la proyección individual de cualquiera de estas figuras maestras¹⁶. Para las nuevas promociones este paradigma permite una redefinición del intelectual contemporáneo que elimina o supera toda pretensión mesiánica o propensión a las totalizaciones ideológicas. Se alude así a una ontología más errante dentro de la comunidad transnacional de discursos, a una autogestión intelectual definida por el escepticismo profundo hacia el espacio público y la fe incondicional en la performance escritural. Es una praxis académica que puede parecer conformista a pesar de sus desafiantes propuestas en el orden conceptual: sus radicales interrogantes permanecen atrincheradas en una duda perenne ya institucionalizada; guarda una distancia cuidadosa del terreno de la ética, la política, y hasta la pedagogía, suponiendo que estos discursos han pasado, para siempre, al orden viciado de presupuestos totalizadores; su reencuentro con otras comunidades y nuevos discursos reconstituyentes de la sociedad civil quedan en un estado de suspenso, en espera de cambios gramatológicos que por su propia fuerza escritural irían de adentro hacia afuera o desde abajo hacia arriba.

Esta sería una de las formas de abordar los rasgos generales del posmodernismo literario y filosófico, el cual, debo insistir, se adhiere, quizá ahora más que nunca a una apreciación todavía estetizante de las implicaciones sociológicas y políticas de la posmodernidad. Estimo, sin embargo, que la proliferación teórica que informa los discursos *pos* ha conducido a cierto desgaste semántico de los mis-

Latin America's Writing Culture, Djelal Kadir (1993), West Lafayette: Purdue University Press. No obstante, estimo que la elaborada disposición estetizante del autor queda reducida a una reiteración constante de tensiones epistemológicas.

15 “La democratización en el contexto de una cultura posmoderna”, Norbert Lechner, en: *Cultura política y democratización*, 259.

16 La demistificación de este legado ya encuentra varios estudios importantes que por otra parte no niegan su importancia. Ver por ejemplo, *Foucault and Derrida* de Roy Boyne (1990), London: Unwin Hyman.

mos. Por ello me parece mucho más esclarecedor e interesante subrayar sus bases conceptuales de mayor alcance. Me refiero a la deconstrucción en su amplia acepción *epistémica*, cuyo impacto se ha hecho sentir en casi todas las ramas de la crítica actual: literatura, cultura, filosofía y ciencias sociales. Las líneas específicas de su proceder son ya reconocibles: relecturas del pensamiento occidental auscultando el binarismo y otras aporías que sostienen los presupuestos estéticos e históricos de la tradición moderna; descalces de identidades sexuales, nacionales y de clase en torno a la crítica del sujeto íntegro y sus proyecciones en el Estado; volteo de las periodizaciones sostenidas por presupuestos de causalidad teleológica y estructural dando paso a la historicidad del epistema, la narratología, la discursividad y los medios visuales; desmonte de la definición desarrollista de la modernidad periférica o del tercer mundo, desentrañando los modos de subversión, resistencia, y complicidad implícitos en la literatura y otros discursos *neo* o *pos*coloniales.

Este paradigma (tomando en cuenta algunas variantes) se ha acomodado en las comunidades discursivas más influyentes, entre ellas la norteamericana, la cual cuenta con muchas de las mejores universidades, revistas, fundaciones y casas editoriales. En el terreno de estudios literarios hispánicos y latinoamericanos los nuevos enfoques *epistémicos* se encuentran, y a veces chocan, con paradigmas previos de alto alcance; entre ellos la estilística, el estructuralismo, varios marxismos, teorías de la dependencia y algunos acercamientos más tradicionales de corte más positivista. Es importante, e interesante, notar que muchas de estas voces, tan disímiles entre sí, suelen coincidir en su achaque de que las teorías inspiradas por la deconstrucción, el posmodernismo u otros acercamientos análogos abandonan los valores históricos y literarios del humanismo. Es una reacción predecible en tanto que recoge, entre otras cosas, el lamento natural de cambios de guardia generacional, pero no logra diagnosticar claramente el síntoma central: la supervivencia académica de la crítica, tanto la moderna como la posmoderna, ha quedado en jaque ante el desafío impuesto por la *posmodernidad en vivo*. El terreno anterior de las disciplinas críticas, se repliega ahora en el espacio amorfo de una producción teórica que ha perdido su objeto de estudio. La videocultura y la creciente industria de servicios han asumido una función altamente formativa para los sujetos del capitalismo global. Los estudios literarios y la misma universidad han quedado en tela de juicio como agentes principales de escolarización aún en los países más desarrollados.

El ajuste a la *posmodernidad en vivo* ha motivado múltiples redefiniciones de disciplinas y grandes debates sobre lo que implican estos cambios. Este es un proceso necesariamente cauteloso y ambiguo, ya que la deconstrucción de la modernidad también depende del mismo sistema universitario que la tradición humanística añora y el neoliberalismo estima anacrónico¹⁷. García Canclini pregunta: ¿Qué función cumplen las industrias culturales que se ocupan no sólo de

17 Ver el importante trabajo de Martin Hopenhaym: "Postmodernism and Neoliberalism in Latin America", *boundary 2*, 20/93, 93-109.

homogeneizar sino de trabajar simplificadaamente con las diferencias, mientras las comunicaciones electrónicas, las migraciones y la globalización de los mercados complican más que en cualquier otro tiempo la coexistencia entre los pueblos¹⁸? Hoy muchos programas de estudios literarios dan paso a programas de estudios culturales, intentando así integrar la videocultura a la formación universitaria y al quehacer de la investigación crítica. Lo mismo ocurre con el surgimiento de programas de estudios étnicos, estudios de la mujer, estudios de las sexualidades, y otras manifestaciones dinámicas de la cultura contemporánea. Algunos textos recientes de Harold Bloom y Richard Rorty proveen una queja nostálgica ante estos cambios tan contradictorios para el humanismo occidental¹⁹. Se trata de una disyuntiva ambivalente para la intelectualidad letrada, particularmente la literaria: la centralidad de su objeto de estudio ha cedido aún más, no obstante que al mismo tiempo se le ha otorgado un valor nuevo al orden escritural en tanto archivo de polisemia y virtualidad autoreferencial. Claro que esta redefinición permanece ceñida a la deconstrucción de órdenes que buscan un encuentro más directo en el terreno *epistémico* que en el de la literatura, o la cultura propia. En Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, la formación actual de posgrados en el campo de literatura comparada requiere tanto o más conocimiento de fuentes filosóficas que literarias, y los críticos literarios más leídos han tenido que negociar o reformular su quehacer disciplinario dentro de este espacio híbrido. La obra de Edward Said, Fredric Jameson, Jean Franco, Julio Ortega y Linda Hutcheon, entre otros, constituye una muestra amplia de los debates y acercamientos correspondientes a esta problemática.

Creo que sólo a partir de un reconocimiento de estas tensiones y desencuentros se pueden abordar nuevas propuestas en las ciencias humanas, al igual que su relación con los estudios latinoamericanos. Antonio Cornejo Polar, por ejemplo, destaca la presencia de una “turbadora conflictividad” que nos urge “hacer incluso de la contradicción el objeto de nuestra disciplina, puede ser la tarea más urgente del pensamiento crítico latinoamericano”²⁰. Y entre las importantes agendas que propone Walter D. Mignolo resalta una intrigante y quizá paradójica pregunta: ¿puede ser la crítica un instrumento de colonización y descolonización al mismo tiempo²¹? Hay una búsqueda incierta pero profunda en estas preocupaciones. Responden a un momento de gran ambigüedad en cuanto a la función del intelectual que a su vez ofrece una amplitud virtual de posibilidades críticas. En su reciente libro *Escenas de la vida posmoderna* Beatriz Sarlo concluye con otra gran interrogación: “¿La crítica cultural sería, por fin, un discurso de intelectuales? Difícilmente haya demasiada competencia para apropiarse del lugar desde donde ese discurso pueda articularse. A diferencia del pasado, donde muchos

18 *Consumidores y ciudadanos*, cit., 35.

19 Harold Bloom, *The Western Canon* (1994), New York: Harcourt Brace & Company; Richard Rorty, “Tales of Two Disciplines”, *Callaloo*, 17, 2/1994.

20 Documentos de trabajo, cit., 371.

21 *Ibid.*, 364.

querían hablar al Pueblo, a la Nación, a la Sociedad, pocos se desviven hoy por ganar esos interlocutores lejanos, ficticiales o desinteresados”.²²

La expansión radical de la cultura massmediática, la caída del socialismo internacional, el resurgimiento del nacionalismo étnico-religioso, la reducción global de las poblaciones agrícolas, las crecientes olas migratorias y su impacto en las grandes ciudades, la imperante lógica del mercado y su correspondiente cultura electrónica, la creciente hegemonía del narcotráfico, todo ello constituye la faz social de una posmodernidad cada vez más radical y carente de discursos explicativos, pero también más real y palpable para todos los pueblos, inclusive los del llamado primer mundo. Decir que desde finales de los ochenta la historia se ha vuelto más caótica, inconmensurable, o solamente asequible por la estética del simulacro televisivo quizá no sea más que una simplificación académica. La desterritorialización de sujetos impulsada por la *guerrilla capitalista* ha sido mucho más radical que la imaginada por el posmodernismo de la vanguardia crítica²³. No se trata de negar el refinamiento de estas lecturas, ni el alcance de sus planteamientos teóricos, sino de ajustarlos y rearticularlos ante la radicalidad del capitalismo actual. Durante los primeros meses del año 96, la campaña electoral de Patrick Buchanan, candidato a la presidencia norteamericana por la facción ultraderecha del partido republicano, adquirió un auge inesperado por su oposición a los diseños de la economía global contra la clase trabajadora. Las milicias armadas contra los diseños globales del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se encuentran hoy en Estados Unidos. Estamos, dice Sarlo, ante una ocasión no tan propicia para preguntar sobre el “qué hacer” sino sobre el “cómo armar una perspectiva para ver”²⁴.

Digamos que el posmodernismo de inmanencia literaria y epistemológica que he intentado resumir aquí se ha complicado considerablemente con la expansión de la vida posmoderna, la cual se ha hecho concretamente palpable, a su vez, con el advenimiento del neoliberalismo y otras manifestaciones globalizantes. Esta sería la posmodernidad del hipercapitalismo estudiada o más bien debatida en formas distintas desde hace más de una década y en formas distintas por autores ya citados (Jean Franco, Roberto Schwarz, Nelly Richard, García Canclini, entre otros). Son acercamientos que permiten abordar el espacio cultural latinoamericano de los noventa, llevándolo a un encuentro crítico con la fase celebratoria de las deconstrucciones de la modernidad que se manifestaron en los setenta. Sin ese paso la deconstrucción se encierra en otro gesto modernista y estetizante a fin de cuentas, tan distante de la *posmodernidad en vivo* como todas las teorías estéticas anteriores que definen su objeto de estudio a partir de las estructuras humanísticas tradicionales. La celebración de la diferencia pierde rigor

22 Beatriz Sarlo, cit., 124.

23 Ver la discusión de las estrategias de inversión tipo guerrilla y otras innovaciones del discurso capitalista global en Arif Dirlik, *After the Revolution: Waking to Global Capitalism* (1994), Hanover: Wesleyan University Press.

24 Sarlo, cit., 10.

si se muestra indiferente ante las totalizaciones posmodernas, la nueva territorialización de las desigualdades, el desdén por los valores colectivos, la desconfianza en la idea de una humanidad compartida, la presión por el acceso al nuevo universalismo del consumo, y el concepto de globalización en sí. Esta es, de hecho, la gran preocupación actual del propio Derrida en su libro *Spectres of Marx*, es decir, distinguir el orden social que esperaba la deconstrucción después de casi treinta años —o que quizá todavía espera— del orden posmoderno que ocupa el espacio público vivido²⁵. Lo mismo podría decirse de la importante crítica del binarismo, el esencialismo y las identidades —proyectos valiosos que ahora comienzan a buscar especificidad y cruces más allá del hermetismo escritural. La tecnocultura global ha transgredido las identidades, las fronteras nacionales y otras estructuras del pensar moderno de un modo mucho más radical.

Piénsese en la aplicación de los ya conocidos, y hasta populares, conceptos del simulacro y la inconmensurabilidad. Según Jean Baudrillard, la historia ya sólo se puede manifestar como simulacro. No hay otra sensibilidad posible en la época del *zapping* (o *surfing* a través de los canales de televisión) para percibir eventos como la guerra del Golfo Pérsico, por ejemplo. Es, simplemente, otra imagen del espacio lúdico de las comunidades virtuales del video²⁶. Para Jean François Lyotard, por otra parte, los reclamos de los pueblos ante la historia es una meta que se ha vuelto mayormente inconmensurable, por muy digna y justa que sea²⁷. La preservación de la memoria comunitaria, particularmente los relatos de los que no tienen suficiente poder para convertir sus mitos en realidades, deben reivindicarse en el espacio de la creación, no en el de la racionalidad, y asumir la inconmensurabilidad de sus quejas en la subliminalidad del arte²⁸. Estos son, sin duda, conceptos penetrantes y reveladores de la sociedad contemporánea, al menos en el orden descriptivo. Pero también son respuestas algo miméticas, es decir, poco inclinadas a problematizar las condiciones existentes, imaginar alternativas, o distinguir entre las formas de producción y recepción culturales que se producen en Europa, Estados Unidos y otras sociedades. Las posibilidades de esas distinciones, aclaraciones y diferencias ante la globalización cultural exigen al menos una pausa o un reajuste de presupuestos críticos actuales que, a mi entender, ya se pueden atisbar.

Hay indicios de esta pausa en la obra más reciente de muchas figuras estelares de la crítica. El texto de Derrida ya mencionado quizá sea el ejemplo más inmediato. Con gran sentido de alarma, Derrida describe los contornos de su mundo

25 Jacques Derrida, *Spectres of Marx* (1994), New York: Routledge.

26 Ver el brillante libro de Christopher Norris sobre el análisis posmoderno de la guerra en el golfo. *Uncritical Theory, Postmodernism, Intellectuals and the Gulf War* (1992), Amherst: The University of Massachusetts Press.

27 Ver libro de Dominick LaCapra para una discusión de la teoría del sublime posmoderno de Lyotard en relación al Holocausto. *Representing the Holocaust: history, theory, trauma* (1994), Ithaca: Cornell University Press.

28 Una muestra ilustrativa del sublime posmoderno *La Isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo, cit.

actual: el creciente poder de los massmedia sobre la producción y diseminación intelectual, al igual que el desmembramiento de Europa oriental y los amenazantes conflictos étnicos y religiosos que circunscriben a toda Europa. Resulta sorprendente que el maestro de la deconstrucción, en un gesto de conjura contra la hegemonía *techno*, intente reajustar sus proyectos acudiendo a los espectros de Shakespeare y Marx. Es un síntoma que merece más atención entre sus lectores. En la obra tardía de Foucault se puede entrever también una duda análoga. *Tecnologías del ser*, su último libro sobre la filosofía del poder tomando en cuenta la textualidad del cuerpo humano, destaca una búsqueda, tanto nostálgica como normativa, del balance entre el deber y el placer correspondiente a momentos claves de la modernidad histórica²⁹. Algo más consciente aún se palpa en los últimos textos de Julia Kristeva, particularmente *Naciones sin nacionalismo*³⁰. Partiendo precisamente de la deconstrucción, el feminismo y otros discursos que informan su distinguida obra, Kristeva asume allí una postura menos dispuesta a abandonar, sin sopesar lo que ello implica para su Europa oriental, los metarrelatos modernos y la concepción universal de los derechos humanos.

A esta discusión corresponde también la obra más reciente de Edward Said, *Cultura e Imperialismo*. El conocido autor de *Orientalismo*, texto que abrió el camino al desmonte de la tradición humanística en los años setenta, propone ahora reformular la defensa de ciertos aspectos de la tradición occidental moderna, sobre todo el valor del arte literario, al igual que el peso de la institución universitaria definida por su independencia de las presiones políticas y económicas. Insiste que sólo a partir de ahí, y a modo de contrapunto, se podrá escribir una crítica literaria poscolonial capaz de concebir la posibilidad de cuestionar la historia imperial³¹. Es otro síntoma, si acaso más nostálgico, del mismo registro de pausas y ajustes. En la crítica latinoamericana también se encuentran algunas instancias que integran estas dudas rigurosamente. *La estratificación de los márgenes* de Nelly Richard, al igual que el texto de Sarlo citado anteriormente (*Escenas posmodernas*) parten de la especificidad local de una área o nación inmediata, permitiendo luego una reflexión más amplia de los inevitables desencuentros entre las diversas formas de articular la cultura latinoamericana en este momento de globalidad posmoderna³². Son acercamientos que se destacan también por lo

29 Michel Foucault, *Technologies of the Self* (1988), Amherst: The University of Massachusetts Press.

30 Julia Kristeva, *Nations Without Nationalism* (1993), New York: University of Columbia Press; ver también el ensayo de Christopher Norris, "The Dream of a Purely Heterological Thought ...: Said, Kristeva and the Ethics of Enlightenment", en: *Forms of Commitment*, editado por Brian Nelson (1995), Melbourne: Monash University Press.

31 Edward Said, *Culture and Imperialism* (1992), New York: Alfred A. Knopf.

32 Nelly Richard, *Estratificación de los márgenes* (1989), Santiago de Chile: Francisco Zegers. Ver también el importante libro de Néstor García Canclini, *Culturas Híbridadas, estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1990), Mexico: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

que evitan, es decir, no pretenden abordar la historia de la modernidad o posmodernidad latinoamericana partiendo de postulados teóricos escasa y esquemáticamente confirmados en el orden literario de la deconstrucción³³.

Cartografía poscolonial

Postular una lectura más crítica del posmodernismo y su desencuentro con la globalización hipercapitalista implica un acercamiento capaz de vertir los rigores aprendidos de la deconstrucción sobre sí misma, y en particular, un examen muy cauteloso sobre el modo en que esta teoría se emplea en el campo de investigación de la cultura latinoamericana. Carlos Rincón observa que las semióticas del posmodernismo “fetichizaron la diferencia, el Otro, la alteridad. Pero en esa asimilación, en el camino hacia la construcción de marcos epistemológicos y discursivos para formular problemáticas teóricas, el postmodernismo excluyó las especificidades culturales, lo propio de las políticas de la representación de las ficciones latinoamericanas, y con ello las teorizaciones —incluida la del *ahora*— realizadas en ellas”³⁴. La urgencia de estas precisiones se constatan particularmente ante un término como el poscolonialismo, el cual surge de un mercado de discursos críticos cada vez más variados, ambiguos y contradictorios. Para Walter D. Mignolo, por otra parte, este nuevo enfoque se presta más bien para una reconfiguración de los estudios coloniales sin que ello excluya una posible reflexión crítica de la época actual desde una “semiosis colonial” quizá posible ahora que la posmodernidad pone en duda sus propios principios y metarrelatos modernos. En su libro *The Darker Side of the Renaissance*, al igual que en sus ensayos más recientes, particularmente en dos números especiales de la importante revista norteamericana “Poetics Today” dedicados a una relectura poscolonial de los estudios latinoamericanos actuales, Mignolo postula una mirada poscolonial basada en el acercamiento de la semiótica posicional elocutiva (locus de enunciación como elemento relativizador en la producción del pensamiento) a los presupuestos latinoamericanos de la transculturación, ambos en torno a un intento mayormente dedicado a retomar el campo de estudio colonial, y en particular las zonas andinas, que la tradición modernista y posmodernista tiende a olvidar o negar³⁵.

33 Un ejemplo reciente de este tipo de lectura se encuentra en el ensayo “Of Creole Symptoms, Cuban Fantasies, and Other Latin American Postcolonial Ideologies” de Santiago Colás. *PMLA*, 110, 3/1995. Esta es una muestra singular de la hipótesis que entiende a toda la modernidad latinoamericana como un epistema fallido y evitable. Sus ejemplos saltan súbitamente de Andrés Bello, al boom latinoamericano, y a la revolución cubana. Todo ello queda reducido a un mero síntoma del error modernizante latinoamericano psicoanalizado a través de Slavoj Žižek y Jacques Lacan.

34 Carlos Rincón, 77. Énfasis suyo.

35 *Poetics Today*, 16, 1/1995; *The Darker Side of the Renaissance* (1995), Ann Arbor: University of Michigan Press.

Me interesa, sin embargo, precisar un poco más el giro en torno a los estudios poscoloniales como propuesta generalizable a todas las épocas y espacios actuales. Decir poscolonial en vez de tercer mundo, modernidad periférica o aún subdesarrollo, implica muchas cosas, pero creo que la más importante ha de ser su participación —conflictiva y complementaria a la vez— en la constelación de discursos posmodernos. Rincón afirma al respecto que “en diálogo con esas teorías [posmodernas] y conectándose con un discurso que se ha ignorado, el discurso poscolonial —un proyecto asimétrico, con estrategias y presupuestos distintos al posmodernismo—, las nuevas teorizaciones culturales latinoamericanas pueden contribuir a replantear y, en últimas, a cambiar los términos del debate modernidad – postmodernidad”³⁶.

El alcance restaurativo del discurso poscolonial que Rincón parece vislumbrar no es sometido por él a un análisis concreto, pero importa acentuar aquí que aún la mera especulación sobre tal promesa resulta significativa, ya que *La no simultaneidad de lo simultáneo* se propone calibrar sobria y detenidamente la extraordinaria importancia de los discursos posmodernos y la deconstrucción literaria en un amplio marco transnacional. La promesa que Rincón cree encontrar en el discurso poscolonial surge del reconocimiento que al igual que el proyecto moderno latinoamericano, los enfoques posmodernos también engendran formas de anular, excluir, y reprimir. Por mi parte, estimo que el discurso poscolonial, hasta ahora desatendido o rechazado prematuramente por la crítica latinoamericana en su mayoría, merita una discusión más detenida dentro del contexto posmoderno³⁷.

Primeramente, el discurso poscolonial parece sugerir y hasta prometer precisiones de carácter histórico estructural, pero su radio referencial se mantiene dentro de la discursividad panhistórica posmoderna, la cual tiende a evitar o hasta desechar la diacronía y la periodización: todo lo anterior es un gran espacio de enunciación moderno sometido al análisis deconstructivo a partir de un presentismo radical que asume su plenitud en el desencanto epistemológico de los países más industrializados³⁸. En el terreno latinoamericano, por ejemplo, esto se ha manifestado en replanteos del estudio de la literatura colonial a partir del neobarroco, o de teorías del abismo semántico (error originario de la diferencia latinoamericana) que releen la colonia junto al diecinueve sin mayores trabas, en un fluir que igualmente puede nutrir la narrativa contemporánea del boom y del postboom en formas que pueden ser sugerentes pero que devienen de una historia cultural indiferenciada³⁹.

36 Rincón, cit., 78.

37 Hago aquí uso somero de un reciente ensayo sobre el tema: “On Latin Americanism and the Postcolonial Turn”, *Canadian Review of Comparative Literature*, 1995.

38 Esta y otras relaciones conflictivas entre posmodernismo y poscolonialismo son abordadas en *Border Crossings, Cultural Workers and the Politics of Education* de Henry Giroux (1992), New York: Routledge.

39 El texto de Amaryll Chanady ofrece una importante discusión, y a veces una muestra de estas tendencias.

Desde esta lectura, la referencia a lo poscolonial puede ser, por lo tanto, una mera extensión del paradigma teórico posmoderno; es decir, una forma de abarcar la idea del tercermundismo en su fase globalizada, sin especificaciones de tiempo o espacio, ya sea América Latina, o cualquier otra región, pero abarcando también las minorías raciales, étnicas y lingüísticas del primer mundo. El discurso poscolonial queda así en posición de abarcar todos los espacios y períodos históricos en forma polisincrética, acudiendo a formas y contenidos del pasado premoderno y posmoderno en pos de momentos discursivos prometedores para un futuro posmoderno. Reconoce la insuficiencia de las etapas modernas del llamado tercer mundo desde un presentismo que prescinde de las diversas cronologías nacionalistas. Africa, Latinoamérica, el Caribe, Asia, o ciertas poblaciones minoritarias de Estados Unidos, Europa, y hasta Japón pasan, a veces sin mayores precisiones, dentro de un mismo campo referencial⁴⁰. Podría decirse que se trata de una especie de identidad que el posmodernismo le otorga al tercer mundo, como un residuo globalizado de sus memorias locales, no obstante lo contradictorio que ello pueda parecer para un paradigma que rechaza categóricamente todo tipo de ancla ontológica. Pero se trata de una identidad discursiva concedida casi como plazo, entretanto se deconstruyen las identidades fuertes de la modernidad, periférica, subalterna, neocolonial, dependiente, o tercermundista.

Esta lectura del poscolonialismo implicaría entonces rearticular la noción del tercer mundo según los parámetros posmodernos, verlo menos como objeto subordinado a poderes coloniales e imperiales que como sujeto que se narra y produce a sí mismo, y que por ello está implicado en su propia condición de sociedades predisuestas a ciertos síntomas internos de carácter mayormente negativos: conflictos de identidad, mimetismo, u otras formas colectivas de sentirse menos. Lo único recuperable de esta historia radica en las claves discursivas, particularmente las literarias, las cuales cobran mucho más importancia que las estructurales siempre que se lean a contrapelo, es decir, como significantes desprendibles de la serie narrativa tradicional que los encierra. La posmodernidad se propone entonces como instrumento clave de descolonización (entendiéndose esto como problema *epistémico* más que político) para la condición poscolonial porque permite auscultar y desmontar lo que entiende por *epistema de la modernidad fallida*: formas de pensar y escribir y actuar correspondientes a la mentalidad neocolonial, o hasta colonial, aún después de los períodos de independencia oficial y formación nacional. En el terreno latinoamericano estas formas incluirían los discursos del nacionalismo de las élites políticas, culturales y literarias: criollismos, indigenismos, negritudes, mestizajes, paternalismos nacionales, voluntarismos revolucionarios, y formas literarias como los realismos mágico o ma-

40 El antropólogo Klor de Alva ha escrito un ensayo informativo sobre las limitaciones del poscolonialismo en tanto periodización latinoamericana, pero a mi entender, no logra abordar el término en sus dimensiones teóricas, o lo sostiene a una definición muy estrecha "Colonialism and Postcolonialism as (Latin) American Mirages". *Colonial Latin America Review* 1, 1-2/1992: 3-23.

raviloso; en fin, toda la historia cultural moderna⁴¹.

Esta concepción de la poscolonia, por lo visto, esconde una suerte de utopía escritural que quizá permita entrever con más claridad los presupuestos del posmodernismo literario. Entiende la descolonización como una liberación del yugo de la lógica neocolonial, sobre todo el nacionalismo elitista, desde su propia discursividad interna. En ese sentido el poscolonialismo es casi la antítesis de la teoría de la dependencia, cuya búsqueda primordial se detenía en la causalidad externa de las relaciones neocoloniales. La búsqueda poscolonial no integra nociones de imperialismo o periferia en su marco de referencias. Se extrae inmanentemente. Descolonizar aquí implica desmontar la historia moderna latinoamericana en su totalidad discursiva, declararla inepta, sin hilos conductores entre ese pasado fallido y el futurismo posmoderno, exceptuando el lenguaje literario y de ahí todo horizonte discursivo que se entienda a partir de parámetros herméticamente escriturales. Sólo allí, en el archivo de significantes dispersos y nómadas de ese pasado se encuentran las posibilidades para reformular la historia y la escritura, no por su valor literario en sí, sino porque desde allí se pueden atisbar modos retóricos de transgredir o subvertir la lógica binaria, las identidades duras y otros sostenes del epistema de la modernidad fallida.

Es consabido que la literatura latinoamericana provee instancias excepcionales de esa otredad que informa a la deconstrucción, cuyo énfasis radica en la relectura y reescritura de la historia a partir de la radicalidad escritural modelada por la polisemia inherente al orden literario. Por ello la literatura o la escritura de cualquier época contiene muestras dignas de atención para una praxis de lectura radical y emprendedora; en el caso de la literatura colonial latinoamericana, el hallazgo se hace aún más dramático, dado su valor paradigmático de punto originario para las hipótesis discursivas sobre la cultura latinoamericana.

Desentrañar la subversión o transgresión escritural en la literatura colonial — digamos Sor Juana o el Inca Garcilaso, por ejemplo— es una tarea que merece atención. Más allá de mostrarnos una forma innovadora de leer figuras imprescindibles, esta propuesta nos invita a reformular la historia literaria, y de ahí toda la historia colonial que la tradición moderna ha fraguado en torno a un binarismo que puede ser colonizador en sí, puesto que no suele entrever otras posibilidades de conceptualizar la historia latinoamericana más allá de posiciones predeterminadas por metadiscursos externos a estas obras⁴². El planteo nos lleva a retomar la historia a partir de las estrategias discursivas de estos autores particulares, desde los cuales se puede complicar la periodización colonial establecida, mos-

41 Un registro ilustrativo se encuentra en Alberto Moreiras, “Transculturación y pérdida del sentido”, *Nuevo Texto Crítico*, III, 6/1990: 105-19; y del mismo autor, “Pastiche Identity, and Allegory of Allegory” en *Latin American Identity and Constructions of Difference*, editado por Amaryll Chanady, *Hispanic Issues* 10/1994) Minneapolis: University of Minnesota Press: 204-239.

42 Ver las importantes precisiones que hace Rolena Adorno en su “Reconsidering Colonial Discourse for Sixteenth- and Seventeenth-Century Spanish America”, *Latin American Research Review*, 28/3 (1993), 135-145.

trando diversas enunciaciones y transgresiones que irrumpen el orden discursivo del poder colonizador, particularmente sus tradiciones literarias e historiográficas más hegemónicas. Tal relectura permitiría observar que no todos los escritores de la colonia responden a una visión monolítica de la escritura y que de hecho los mejores autores acuden a tropos, imágenes y otros significantes que pueden implicar gestos liberadores y una posible retórica que el lector deconstructor de hoy puede entender como descolonizante en sí. Estas relecturas, en última instancia, nos llevan a preguntarnos si nuestro pasado no ha sido una mera construcción de malas lecturas u lecturas propensas a ciertas estructuras del pensamiento que forman parte de la condición neocolonial y por ende, lo producen.

Importa contrastar esta lectura con la que ofrece Ángel Rama en *La ciudad letrada*, por ejemplo, puesto que hay una oposición casi diametral entre ellas. Rama muestra cuidadosamente la estrecha complicidad de la escritura con el poder colonial, independientemente de los momentos transgresivos de algunos autores. Su análisis lo lleva a ubicar el eje conductor del poder en el orden letrado también, pero en relación con otros discursos y dispositivos culturales y políticos desde los cuales se hace más difícil exceptuar el orden literario o convertirlo en un centro designificador de todas las demás discursividades. La deconstrucción poscolonial, por el contrario presupone que se pudo haber escrito y vivido otra historia si estos modelos de escritura o al menos sus momentos subversivos, hubieran sido observados con anterioridad, dando a entender que estos textos, por sí solos e independientemente de los demás dispositivos del poder colonial, esconden la gramatología de otra posible historia. Vertida hacia el presente, y desentendida de las aporías correspondientes a esta lógica escritural, esta proyección asume aún más fuerza: se entiende a sí misma como la única fuerza descolonizadora restante. El hilo conductor de las posibilidades de cambio —primero escritural, luego epistemológico y finalmente social— recae entonces sobre la relectura especializada de textos claves que marcan toda la historia desde la colonia, y sobre la capacidad de seguir leyendo a contrapelo toda la red discursiva que constituye la sociedad poscolonial desde entonces. Ante la realidad social globalizante que lo desplaza de sus cátedras humanísticas el crítico literario o cultural queda reinventado en esta nueva territorialización de tiempos y espacios discursivos.

Pero más allá de cierto voluntarismo letrado, esto conlleva una concepción del mundo y la cultura sólo aprehensibles mediante una de-significación perenne poco dispuesta a asumir el peso de su ambición epistemológica en el ámbito social. “En algún momento”, afirma Benjamín Arditi, “las pulsiones rebeldes deben conformar saberes estratégicos que animen a nuevas voluntades de poderío para conquistar espacios acotados, para modificar segmentos de ‘sociedad’”⁴³. Aún más importante, sin embargo, sería el descarte totalizador de la modernidad que procede de este cul-de-sac: Latinoamérica se vuelve una comunidad discursiva

43 Benjamín Arditi, “Una gramática postmoderna para pensar lo social”, en: *Cultura política y democratización*, cit., 185.

que oscila principalmente entre la colonia y la posmodernidad, o aún entre la premodernidad y la posmodernidad⁴⁴. La modernidad periférica, o las otras modernidades, leídas como error de lógica escritural, pasan a ser un vacío cultural y social abandonable, no una realidad expuesta a transculturaciones, negociaciones, y cambios que le dan un carácter singular de período histórico⁴⁵. La especificidad moderna de Latinoamérica, particularmente su historia cultural de múltiples formas de escribir y experimentar la vida queda reducida a una larga historia de neocolonialismos modernizantes indiferenciados a través de los siglos. Claro está, esta lectura tampoco se percata de que estos vacíos y desarticulaciones no permanecen exclusivamente dentro del orden de especulaciones epistemológicas. “No hay que llegar al extremo del neoliberalismo”, señala Norbert Lechner, “pero su ofensiva ya no solamente contra la intervención estatal, sino contra la idea misma de la soberanía popular, es un signo de la época”⁴⁶.

Diásporas y otras fronteras

Sé que hay otras lecturas de los términos y conceptos que organizan la exploración central de este ensayo. Mi interés ha sido, sin embargo, intentar un deslinde diferenciador y menos celebratorio entre ellos; no verlos en un firmamento de estrellas inconexas que brillan independientemente del mercado de discursos críticos que a fin de cuentas gobierna y legitima cualquier *locus* de enunciación y campo de estudio. Se trata de una compleja red de voces, ruidos y silencios cuya historia —importante y controversial— incumbe al pensamiento crítico del último cuarto de siglo. Me interesa por ello explorar un poco más el valor de las ambigüedades del poscolonialismo, precisamente porque hacen resonar el peso de los otros mundos —terceros, periféricos o diferentes— en lo que se entiende por posmodernidad, globalización y comunidades discursivas transnacionales. Esta otra lectura comprende rasgos fundamentales que sólo podré esbozar brevemente en los últimos párrafos de este ensayo. Me refiero a la confluencia de desencuentros e inesperados acechos que se desbordan del poscolonialismo, de su posición fronteriza entre la tradición crítica anglosajona y el hispanismo latinoamericano, entre las diásporas intelectuales y la diáspora de las masas migratorias, entre la teoría metropolitana de la diferencia discursiva y la creciente diversidad étnica de las áreas metropolitanas, y finalmente, entre la teoría poscolonial y lo que se entiende por valor político de los discursos críticos.

Escrito casi exclusivamente en inglés hasta hace poco, el discurso poscolonial cobra relieve internacional inicialmente con el trabajo de Edward Said, Gayatri

44 Esta propuesta también se constata en el libro de Antonio Benítez Rojo ya citado.

45 Hay importantes excepciones. Una de ellas sería la colección de ensayos *On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture* (1992), Minneapolis: University of Minnesota Press, editada por Jean Franco, George Yúdice y Juan Flores.

46 Norbert Lechner, “La democratización en el contexto de una cultura postmoderna”, en: *Cultura política y democratización*, 262.